

TARÉTAN DE TERAN.

(Hereditad ó sementera, en tarasco).

Pueblo: cabecera del distrito de su nombre: existia ántes de la conquista; situado á los 2° 32' longitud O., y 19° 11' latitud Norte, en el declive de una pequeña loma. Su miserable caserío, construido en su

mayor parte de adobe y madera, se halla literalmente hundido entre la exuberante vegetacion de su suelo, pues apenas puede distinguirse entre el frondoso bosque de café, plátanos, mangos y mameyes. Es uno de los principales centros de comercio.

Su temperatura es caliente y húmeda, pero sana; su poblacion 8,000 individuos.

GRAMATICA

DE LA

LENGUA TARASCA,

PRECEDIDA DE UNA DISERTACION SOBRE EL MISMO IDIOMA.

POR EL M. R. P. FRAY MANUEL DE SAN JUAN CRISOSTOMO NAJERA.

PUBLICADA SEGUN EL ORIGINAL

POR EUFEMIO MENDOZA.

Uno de los mayores sabios que ha producido México, es sin disputa el P. Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Najera, religioso carmelita, nacido en la capital el 19 de Mayo de 1803, y muerto en la misma el 16 de Enero de 1853, precisamente cuando retirado de los negocios de su orden, la patria esperaba de él mayores tesoros literarios.

Entre la multitud de manuscritos que dejó inéditos, y que en su mayor parte se han perdido, figuran en primer término preciosos estudios sobre las lenguas indígenas nacionales: tuve la fortuna hace algun tiempo de conseguir una copia exacta de la *Gramática tarasca*, precedida de una importante disertacion sobre el mismo idioma, la que no vacilé en cederla á la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Esta ilustrada corporacion acordó inmediatamente que tal documento se insertara en su Boletín, acuerdo que hoy se cumple. Débense ántes hacer algunas explicaciones. La Gramática fué impresa en el folletín del periódico oficial de Michoacán, pero sin la disertación que la precede; en el original no consta la fecha en que fué escrita, y solo dice *Filadelfia, &c.*; pero de su contexto se infiere que lo fué poco ántes que la famosísima sobre el otomí, esto es, durante

la permanencia del autor en los Estados Unidos (1832), y para la Sociedad Filosófica de Filadelfia. Siendo tan poco lo que existe escrito sobre el tarasco, creemos que la publicación de este documento será de algun interes para los filólogos. México, 1872.

EUFEMIO MENDOZA.

la permanencia del autor en los Estados Unidos (1832), y para la Sociedad Filosófica de Filadelfia.

Siendo tan poco lo que existe escrito sobre el tarasco, creemos que la publicación

de este documento será de algun interes para los filólogos. México, 1872.

Arrojado de mi patria por las olas de la borrasca que la trabajó en el año de 1832, la vuestra me ofreció un asilo generoso y hospitalario. Prestando ella su protección á un desgraciado, no favoreció á un ingrato. Nunca, señores, olvidaré la obligación que la gratitud me ha hecho contraer con Norte-América; y siéndome imposible compensar sus beneficios de otro modo, bendeciré al pacífico país donde las leyes me han dejado gozar todas las ventajas de la vida, y no me han impuesto gravámen alguno; donde las leyes han sido para mí como la columna de aire que está sobre mi cabeza, que me hace respirar sin que yo la vea, ni aun sin que la sienta; donde las leyes nada me han prohibido, pues no he querido ni debido querer lo que ellas no me consentirían, y han formado en torno de mí un muro de defensa, que me ha librado de todo género de combates. ¡Presida siempre la justicia vuestras deliberaciones, oh americanos! ¡El cielo favorezca vuestras empresas! La tierra descubra los tesoros que tiene en sus entrañas, y los ponga en vuestras manos! ¡Los mares nunca se encolericen cuando los surquen vuestros bajeles! ¡Nunca oigais el clarín de la guerra! ¡Nunca veais vencedores orgullosos ni vencidos humillados entre vuestros hermanos! Tales serán los votos que formaré cuando desde el Oceano diga adios á la tierra de Washington. El Eterno los escuche.

Mas, deudor á toda la América, lo soy en especial de vosotros, señores, que animados por el mismo espíritu de Franklin vues-

tro fundador, me habeis proporcionado con vuestra biblioteca los consuelos que mi alma necesitaba, para no confundirse en el dolor y en la tribulación. *Primum vivere deinde philosophare*, dijo un antiguo. ¡Oh! No habia sido desgraciado; hay momentos que para vivir es necesario filosofar. ¿De qué me hubiera servido vivir, si en vuestra librería no se me hubiera hecho soportable la vida? ¡Ah! miéntas la guerra civil regaba de sangre el suelo que deposita las cenizas de mis padres, donde estuvo la cuna en que mi madre me meció; miéntas que veía yo en mis conciudadanos, ó verdugos ó víctimas; miéntas principios equívocos arrastraban á unos á cometer los mayores excesos á nombre de la libertad, y hacían sufrir á otros proscipciones y destierros; miéntas las costas de Norte-América y de Europa recibían todos los días ancianos, jóvenes, mujeres y niños, que eran lanzados del hermoso clima de México, á perecer por los rigores de temperamentos á que no estaban acostumbrados; miéntas todo esto sucedía, ¿cómo hubiera podido soportar un buen mexicano la vida, si la razón no se sobrepusiera al dolor? ¿Cómo la razón hubiérase sobrepuesto al dolor, si no era fortificada por la reflexión? ¿Cómo la reflexión pudiera fortificarla sin la lectura, que hace olvidar al alma sus penas, que calma las pasiones, que inspira la verdad y la hace escuchar en el fondo del corazón? Conozco, pues, mi obligación especial hácia vosotros, y por un deseo noble de compensarla de algun modo, me arrojé para presentarme ante voso-

tros á ofreceros un pequeño testimonio de mi respeto y reconocimiento. El aprecio con que veis justamente los idiomas antiguos de los indios, me ha sugerido la idea de presentaros algunos ensayos de gramáticas de esos idiomas, comenzando por el que tengo el honor de ofreceros de la lengua tarasca; aceptadlo, no por lo que vale él, sino por el valor que tiene la materia, y por el valor que puede recibir de manos más hábiles que las mías, si os dignais admitirlo para vuestra biblioteca.

Cada día se hace más urgente la necesidad de recoger los restos de esos idiomas antiguos, pues van desapareciendo insensiblemente. El castellano hace con ellos lo que el mar con la tierra, por algunas partes; cada día le quita más, y hoy se hallan poblaciones en que solo se habla la lengua de Cervantes y Garcilazo, y hace veinte años no se hablaba más que si Cortes no hubiera pisado el terreno de Zempoala. La revolución ha sacado á los habitantes de los pueblos y las grandes ciudades, donde siempre se ha hablado exclusivamente el idioma español, y ha llevado á los pequeños pueblos gentes que, nacidas en las ciudades, nunca han aprendido ni aplicádose en los idiomas de Moctezuma ni de Caltzontzin. Sacados los indios del estado de minoría en que los tenían las leyes españolas, y reconocidos como ciudadanos por la constitución mexicana, sus juicios, sus negocios, se forman en español, y una sábia política completará la destrucción de tantos idiomas extranjeros en su misma nación, causando inconvenientes graves, y sin ventaja alguna para el buen gobierno de los pueblos.

Esta, pues, es la época precisa de recoger los restos de unos, y conservar el todo de otros idiomas, para que no tengan la suerte de muchos, que han desaparecido to-

talmente. El mexicano ya no se acabará aun cuando México fuera tragado por las aguas: no hay biblioteca en Europa en que no haya libros que hablen de él, y aun cuando no hubiera una persona que lo hablara en mi patria, sobrarian medios para aprenderlo, como el latín, el griego y el hebreo. No sucede así con los otros idiomas de los indios; algunos hay de los que no existe una gramática, y de otros no hay sino mal escritas, y muy informes y pequeños diccionarios. ¿Será porque el mexicano solo interese á la literatura y filosofía? Clavevoix ha dicho muy bien, que solo por la comparación de los idiomas de los indios con los antiguos, puede conocerse el origen de los pobladores del Nuevo-Mundo. La historia y la moral tienen, pues, el mismo interés en las investigaciones que se pueden hacer con el mexicano, que con los otros idiomas de los indios. Aun el mexicano necesita de esas investigaciones para ser mejor conocido, pues no se le ha considerado con relación á los otros idiomas indios. Esto no podrá hacerse sino cuando ya se conozcan aquellos mejor que hasta la presente: ¿procederá acaso esta diferencia de que se ha considerado á las otras naciones indianas menos cultas que la mexicana? De facto lo eran; pero si se examinan sus idiomas, se les encuentra menos bárbaros: hubo pues un tiempo en que esas naciones bárbaras fueron menos incultas, pues sus idiomas no lo son ciertamente. Tal vez se ha creído que los idiomas sencillos y simples eran menos dignos de ser considerados, sin reflexionar que mientras más sencillos, se acercan más á su origen, y será más fácil conocer la fuente de donde vinieron.

Sea, pues, la causa la que fuere, el hecho es que todos los idiomas indios han sido injustamente desecuidados, si no es el me-

xicano que ha tenido la fortuna de ser apreciado y cultivado, como merece, por personas capaces de darlo á conocer. Efectivamente, no solo los mexicanos conquistados conocían el valor de su idioma, y orgullosos decían á sus conquistadores: «nuestra lengua es tan bella y rica como la vuestra,» sino que los españoles mismos encontraron tan hermoso el idioma, como el que hablan los hijos del Guadiana. ¡Afortunado Aquiles que tuvo un Homero que lo cantó! Todos los que se dedicaron á escribir desde la conquista hasta un siglo después, se disputaban (y fueron muchos) la palma en conocer un idioma que, siendo vencido, era gloria del vencedor el hablarlo; de manera que si la lengua del gobierno no hubiera estado más allá de los mares, el mexicano conquista á los conquistadores, como la filosofía griega vencida conquistó á Roma.

Muchos sucesos concurrieron para la conservación y cultivo del idioma: aun humeaba la tierra con la sangre de los conquistados, cuando se edificó el colegio de Santiago Tlaltelolco, en el que se recogieron los hijos de todas las familias nobles de los indios; los maestros eran los Padres de San Francisco, y entre ellos había algunos verdaderamente instruidos, pues salían de las universidades de Salamanca y Alcalá, que florecían en el siglo diez y seis, cual nunca antes ni después: comenzaba la educación de los niños por la enseñanza de los idiomas español y latín, y muchos aprendían el griego; de entre ellos salieron muchos escritores que publicaban obras en español y en mexicano: en el primer siglo de la conquista fué objeto de la emulación el escribir en mexicano; más de doscientas obras de todo género se hallaron, unas impresas y otras manuscritas, de cristianismo, de moral y de historia, escritas en el idioma de

Tenochtitlan; se multiplicaron las traducciones de los libros más abstractos y metafísicos; la Escala espiritual, obra ascética atribuida á San Juan Clímaco, fué el primer libro impreso en México, y ese lo fué en mexicano; á poco se publicó el Tomás Kempis, en el mismo idioma, y se comenzó la traducción de la Biblia, que quedó imperfecta, pero que existe hasta nuestros días manuscrita, de lo cual habla Beristain, y antes de él había dado razón el obispo Eguiara.

Se multiplicaban las gramáticas del mexicano, en términos que pasan de cuarenta las conocidas por los literatos. Después de la que Jimenez y Centeno escribieron, que fué muy imperfecta, se dedicó Molina á formar la gramática y diccionario que llevan su nombre. Esta obra tiene una circunstancia que la hace recomendable, y es que fué escrita con el auxilio del célebre indio D. Valeriano, educado en el colegio de Santiago, y tenido por muy aprovechado é instruido en el español y el latín. Pero aun podía hacerse más, como se hizo: Bernardino Sahagun, con el auxilio de muchos indios instruidos, formó un diccionario etimológico, histórico y físico del idioma mexicano, en doce tomos, que existe en España, y que si no se ha publicado, no dejó de ser útil para el conocimiento del idioma. Escribió además en mexicano, la historia de México que, traducida por él mismo al español, se imprimió en México por orden del ilustrado y sabio ministro D. Lucas Alaman y es una de las mejores; en ella se habla del mexicano, de sus proverbios, de sus bellezas, de tal manera, que se ve cuánto se cultivaba el idioma en el siglo de ese escritor.

Ni podía menos de ser así: en las universidades se estableció una cátedra para enseñar el mexicano, como en Santiago se es-

tableció otra para enseñar el español: los hijos de los conquistadores hablaban los idiomas indígenas como si les fueran naturales, como el dean Cervantes, hijo del conquistador y obispo de Oaxaca, que era mas elocuente en mexicano que en español; de los habidos en las Indias, como Martin Cortés en la Malintzin, y Castillo, el escritor de una historia; claro está que hablaban el idioma de la madre y del padre: en los conventos se hablaba el mexicano como si fuera el idioma nacional de los misioneros. Dávila Padilla, Centeno, Betancourt, Tapia, escribían mas y mas sobre el idioma, y las historias de Niza y treinta nobles de Tlaxcala, de Ayala, Zapata, Ponce, Chimalpain, Ixtlilxochitl, Alvarado, Tezozomoc, y otra multitud de obras de todo género, habia no solo dado á conocer, sino hecho amar el mexicano. Se formó una empresa atrevida, que no sabemos hasta dónde se consiguió, y fué introducir la prosodia española unos, y otros la latina en el mexicano. Se habian hecho con facilidad traducciones prosáicas de Lope de Vega, y algunas en rima, segun el estilo de la poesía mexicana, de las comedias religiosas, que eran del gusto y se llamaban autos sacramentales. El jesuita Rincon, contemplando la filosofía del idioma, escribió una gramática muy apreciable. Horacio Carochi, jesuita italiano, que vivió en México muchos años, formó otra compilando las reflexiones que hallaba escritas en los archivos por los jesuitas, lo que debe verse como la obra de la reflexión y la experiencia de muchos escritores. Parecia que la lengua conquistada y la conquistadora se habian besado hermanablemente, y que jamas una viviria sin la otra. Mas no fué así. Al siglo de la conquista ya no se habló en los conventos, porque los curatos pasaron á los clérigos; los indios empobreciendo cada dia mas, no pien-

san en educar á sus hijos; faltan los Casas, los Quirogas y los Minayas, y nadie defiende á los oprimidos; ellos quieren salir de la clase de indio y comienzan por nunca hablar su idioma: se hacen muy raros los matrimonios entre la raza europea y la india; estas y otras causas son el aumento de la raza europea, y el espantoso número de indios que morian cada dia mas, influyeron en que el idioma se relegase en los miserables pueblos en que aun se conserva, y que poco á poco desaparecerá.

Mas de entónces acá no han faltado literatos que forman una especie de sacerdocio literario para pasarse de unos á otros el conocimiento de la lengua y antigüedades históricas de México. El clarísimo Carlos de Sigüenza, matemático, al fin del siglo diez y siete, no solo hizo indagaciones astronómicas é históricas sobre el calendario mexicano, sino que ademas hizo incursiones muy ventajosas sobre el idioma. Tovar Moctezuma, descendiente de Moctezuma Xocoyotl, Cortés, indio, Castera, escribieron á principios del siglo diez y ocho, gramáticas del idioma, lo que indica que aun habia gusto ó necesidad de aprender la lengua, aunque ya no eran visibles sus progresos.

Despues de Sigüenza hallamos al caballero Boturini Benaduci, milanés, aprendiendo un idioma y una historia que, teniendo mucho de poético, lo entusiasman, é inspiran un plan *tropo magnífico, molto fantástico*, que no puede ejecutar por haber ido á pagar en una prision sus pecados literarios. ¡Conducta atroz que cubrirá de infamia á los que con ella privaron al mundo de los descubrimientos que Boturini hubiera hecho á favor de la historia del género humano! Despues de él, el padre Clavijero, nacido en Veracruz, y educado entre los indios de Atlixco, donde su

padre era corregidor, aprendió á hablar el mexicano con tal perfeccion, que los indios lo iban á buscar solo por deleitarse en oír la elocuencia con que les hablaba en la lengua de sus abuelos. Cuarenta años pasó en recoger cuanto habia sobre los mexicanos, en las bibliotecas de México é Italia, en donde murió desterrado, y ese caudal de conocimientos lo puso en estado de erigir ese monumento de gloria á su patria, en la historia de México, que á los dos años de publicada ya estaba traducida á todas las lenguas de Europa, ménos la española, por haberlo impedido el Consejo de Indias al tiempo que favorecia á D. Juan Bautista Muñoz, que sin saber lo que Clavijero, formaba un nuevo romance, parecido al de Solís, en el que salian peor librados los infelices mexicanos. Los Torres, dos hermanos muy ricos de México, que emplearon su caudal inmenso y su vida en servir á su patria, con la misma liberalidad con que formaron y dotaron una biblioteca pública, que subsiste hasta el dia, favorecieron á varios indios en sus estudios, con el objeto de cultivar el idioma que ellos hablaban á la perfeccion. *El dulcis amor Patrie*, hizo se dedicasen á ese género de literatura D. Antonio Gama, cuyas obras acaba de publicar D. Carlos María Bustamante, y el padre Pichardo, de quien habla con elogio Humboldt. El obispo de Durango, marques de Castañiza, que gastó todo su patrimonio en fomentar la educacion de las niñas indias en el convento de Enseñanza que fundó, no solo debe colocarse entre los amigos de la humanidad, sino entre los patronos de la literatura mexicana que favoreció y cultivó. En nuestros dias, el Sr. D. Carlos M. Bustamante, un patriota antiguo, vive consagrado á desenterrar los monumentos que el tiempo ha ocultado, y en explicar los restos de antigüedades que nos

quedan, con la luz del idioma mexicano que conoce como si hubiera vivido al lado del rey poeta de Texcoco Netzahualcoyotl.

Tal es en compendio la historia de la lengua mexicana, en los tres siglos que han pasado de la conquista acá. ¡Ojalá fuera la misma la de los otros idiomas! Mas no ha sido así. De algunos, como del Thol, idioma que se hablaba en el Palenque, no hay una gramática hecha en México; aunque sí la hay en Guatemala, pues se habla aun esa lengua en algunos pueblos de Veracruz. De otros no se conoce ni el nombre, y de los restantes no hallaréis sino pequeños diccionarios y gramáticas, generalmente mal formadas. No es necesario insistir mucho en este capítulo; basta presentar una razon de los libros elementales para aprender los idiomas, para conocer cuán distinta suerte han tenido del mexicano. De este idioma tenemos veinticuatro gramáticas, unas impresas y otras manuscritas, siendo entre las impresas la del P. Rincon, tan filosófica como es la lengua, y entre las manuscritas un compendio de la del P. Horacio Carochi, que fué formado desde luego por otro jesuita, pues en poder de los que pertenecieron á esa religion lo he visto. Cinco diccionarios, las disertaciones sobre el idioma del padre Sahagun, publicadas por el Sr. Bustamante, cerca de doscientos escritos ó traducciones del idioma, son otros tantos maestros de la lengua. Las otras no han tenido ni un Sahagun, ni un Molina, ni un Rincon, ni un Carochi; no han tenido sus Sigüenzas, ni sus Bustamantes, y aun están poco ménos desconocidas que lo estaban en la época de la conquista.

El zapoteco no tiene sino una mal formada gramática y un pequeño diccionario. Del mixteco no hay sino una pequeña gramática. El maya, con cuatro gramáticas, en que ninguna avanza á la otra, tiene tres